

sus habitantes; por fortuna, entonces se demostró que los supremos resortes morales de la abnegación y el sacrificio no estaban disueltos aún.—Entretanto Luis XV llegó á la mayor edad, e. d., á los trece años, amable y simpático, pero cruel y con una singular y precoz aptitud para el vicio. Dubois fué su primer ministro y lo subordinó todo al deseo de obtener el sombrero de Cardenal, que logró, muriendo poco después. El exregente entonces, embruteado ya por el vicio, fué el primer ministro del rey adolescente; en 1723 murió de un ataque apoplético y se encargó del gobierno otro príncipe de la sangre, el duque de Borbón, nieto del gran Condé, muy inferior al Regente por la inteligencia y superior por la depravación; casó á Luis XV con la hija de un rey de Polonia, Estanislao Leczinski, que, destronado ya, vegetaba en Francia. Mayor que el rey, la buena y piadosa María Leczinska estaba destinada á ser la resignada y silenciosa víctima de su esposo.—Al inepto Borbón sucedió en la dirección de los negocios el anciano Fleury, después Cardenal, preceptor que había sido del rey, y cuyo programa político podía resumirse así: paz y economía. Y como Inglaterra era el más temible enemigo, Fleury economizó, sobre todo en la marina, abandonándola casi, con gran contentamiento de los ingleses; á pesar de todo, se vió envuelto en una guerra á causa de la nueva elección del suegro del rey para el trono de Polonia. El rival de Estanislao era el gran duque de Sajonia, protegido por el Emperador; con éste fué la lucha, en que todavía los viejos generales de Luis XIV, Berwick y Villars, obtuvieron algunas victorias. La paz de Viena (1738) compensó á Estanislao la pérdida de Polonia con el ducado imperial de Lorena, que á su muerte debía unirse á Francia. Esto sucedió en 1766, y entonces Lorena fué francesa, como desde los tiempos de Luis XIV lo era Alsacia; mas la Revolución había de convertir esta unión política en una profunda asimilación de estas regiones germánicas á la patria francesa.

RUSIA, POTENCIA EUROPEA.

1. Pedro el Grande.—2. Un gran aventurero coronado.—3. Las reformas.—4. Los herederos.

1. *Pedro el Grande de Rusia.*—Rusia, bizantina en sus orígenes, asiática luego, se aproximaba poco á poco á la Europa de la civilización, al través de dos obstáculos que parecían cerrarle el paso al continente: los polacos y los suecos. Los tres primeros emperadores de la familia Romanoff hicieron adelantarse esta obra, consumada por Pedro el Grande y Catarina II. En su niñez, Pedro se había visto expuesto á graves peligros, porque, aunque de nombre partía el Gobierno con un hermano imbécil, de hecho quien lo ejercía, gracias

á una tremenda revolución de las milicias privilegiadas de los *streltzi*, era su hermana mayor Sofía. Pedro creció fuerte, aficionado locamente á los ejercicios físicos, pero ávido de conocer las ventajas de la civilización; admirador del feroz Ivan y amigo de las artes mecánicas; apasionado por la cultura europea, pero dominado por instintos salvajes.—Logró derrocar á Sofía y comenzó á gobernar en 1689; su aspiración suprema era abrir á Rusia una gran puerta hacia el Occidente en el Báltico dominado por los suecos, y otra hacia el Oriente islámica, hacia el camino de Constantinopla que los conquistadores turcos habían usurpado y que debían devolver á los esclavos rusos, herederos de Bizancio. Empezó por lo más popular, la guerra con Turquía, y se apoderó de Azoff, sirviendo en el ejército como simple capitán. Empezó luego un viaje por el Occidente en compañía de una gran embajada, pero de *incógnito*; trabajó en los arsenales de Holanda y de Inglaterra, visitó varias Cortes y en todas causó sorpresa por su inteligencia y sus rudas maneras. La milicia nacional y privilegiada de Moscow, los *streltzi*, de acuerdo con Sofía, que desde el fondo del convento en que estaba encerrada explotaba la aversión popular contra los alemanes, autores de las tendencias reformistas del Tzar, se sublevó en la colonia del Mar Negro y amenazó la capital. El Tzar volvió rápidamente á Moscow y ahogó en sangre la revuelta, ejecutando él mismo á varios de los rebeldes y colgando en cada una de las almenas de la gran ciudadela militar y religiosa de Moscow, el Kremlin, el cadáver de un *stredlets*; esta milicia quedó totalmente suprimida. Después redujo á la obediencia á las tribus libres de *kosaks*, acampados en el Don, y durante su lucha con los suecos, quedaron definitivamente sometidos los *kosaks* de Ucrania, después de la insigne traición de su jefe ó *hetman*, el famoso Mazeppa.

2. *Carlos XII de Suecia.*—El Báltico, que con razón quería dominar el Tzar, era un Mediterráneo sueco, y los suecos eran todavía soldados de primer orden; Rusia entró, pues, de buen grado en una coalición promovida por el rey de Polonia, Augusto de Sajonia, con objeto de aprovechar de la inexperiencia del casi adolescente rey de Suecia, Carlos XII, para quitarle los litorales del Báltico entre Dinamarca y Finlandia. Mas era Carlos XII un hombre singular; todo su genio militar, que por algún tiempo asombró al mundo, consistía en la temeridad de sus designios y en el valor con que los ejecutaba. Puchkine, el gran poeta ruso, dijo de él que quería gobernar la suerte como si fuera un regimiento, al son del tambor; su lectura favorita eran los poemas ó *sagas* escandinavos y sentía revivir en él el alma de los *wikings*; por eso le han llamado «el último Varega.» No tenía vicio alguno; era casto y sobrio como un anacoreta; sólo tenía una pasión, pero inmensa: la gloria. Comenzó

por vencer á Augusto de Sajonia, luego destruyó en Narva á Pedro de Rusia y penetró en Polonia, donde la asamblea de aquella inestable república eligió un nuevo rey, el candidato de Carlos XII, el buen hombre que luego fué suegro de Luis XV, Estanislao Leczinski. Después se metió en Alemania, dió una paz humillante al rey destituido, Augusto de Sajonia, y se situó en Leipzig, en donde Austria é Inglaterra lo colmaron de halagos temblando. Era el momento en que la coalición atacaba á Luis XIV en sus últimos años; el rey sueco, aliado tradicional de Francia, habría podido salvarlo; pero Pedro el Tzar, aprovechando la ausencia de su vencedor, había fortificado su posición en el Báltico y lo esperaba. Carlos volvió sobre él furioso, penetró en Polonia, pasó el Niemen y tomó, tras de los rusos que se retiraban, el camino de Moscow; pero el hetman Mazeppa lo indujo á reconquistarle la Ucrania, de que los generales de Pedro se habían apoderado. Después de un invierno horroroso, el joven rey aventurero atacó á Poltava, con un ejército diezmado y debilitado; la victoria del Tzar fué absoluta, todos los suecos fueron muertos ó capturados; Carlos y Mazeppa casi solos, se refugiaron en Turquía. La batalla de Poltava (1709) señala el momento de la entrada definitiva de los rusos en el mundo europeo. — Carlos logró promover una guerra entre los turcos y los rusos, en que éstos llevaron la peor parte, y después de varios años volvió á Suecia, que encontró incurablemente débil; murió obscuramente aquel héroe arcaico que quiso renovar las fabulosas hazañas de los paladines del primer período medioeval.

3. *Las reformas.*—El eslavo es hostil á toda innovación occidental; ha reformado en parte sus hábitos y sus ideas, porque el gobierno autoocrático que había nacido de su seno se las impuso á fuerza de úkases y de knuts: la ley y el látigo. Mas no concibe y no se conforma, sino en apariencia, con los gobiernos de equilibrio inventados entre germanos y latinos; ó la anarquía, como en Polonia, ó el despotismo divino del Tzar; un extremo ú otro; alguna vez se ha intentado neutralizar ambas tendencias; no más se ha logrado justaponerlas. Y es que para el eslavo no es separable el factor político del social. (Esta es la separación convencional que se ha aclimatado entre los europeos occidentales).— Pedro, el Tzar de hierro, incrustó en el corazón de Rusia las reformas que creía necesarias para arrancar á sus súbditos la corteza asiática y hacer más estable el poder imperial. La resistencia fué inmensa desde lo más alto de la sociedad, desde su mujer y su hijo, hasta lo más inferior y obscuro; el siervo, el *pope* ó sacerdote, el *boiar* (noble); todos se le opusieron; á todos doblegó su mano armada como la del verdugo y la del soldado. Para ello se valió principalmente de extranjeros, haciendo una importación extraordinaria de artesanos, industriales, artistas; de libreros, de tra-

ductores, de oficiales, todos alemanes, holandeses, ingleses, suizos, suecos; era la germanización del mundo eslavo; sin embargo, como era un patriota no privó de los cargos principales del Estado á sus nobles rusos, sus aguiluchos, como llamaba el pueblo á sus colaboradores.— La reforma social consistió en confundir todas las clases rurales, en sujetar á todo cultivador á la capitación y á la residencia fija; esto era una servidumbre total. La población urbana quedó dividida en clases, según sus ocupaciones; todo ello tendía á facilitar la transmisión de la voluntad del Tzar hasta las últimas moléculas sociales, por eso todo fué reglamentación rigurosa. La nobleza también fué clasificada; ser noble, quería decir servir al Tzar, y viceversa; la jerarquía, entre las cinco categorías de la nobleza ó *tchin* (el clero; el ejército, la marina, la corte y el orden civil), quedó fijada desde el punto más bajo hasta el más alto. Además, la propiedad de los señores quedó abolida; fueron considerados como simples terratenientes del emperador, único propietario de la tierra rusa, después de Dios. Las principales modificaciones impuestas á las costumbres se refieren á la secuestación en que vivían las mujeres, que quedó abolida, á la supresión de la barba y á la transformación del traje.— En la administración, consistió la reforma principal en la constitución de un *Senado* de nueve miembros, á quien todos debían obedecer en ausencia ó falta del Tzar; para cada ramo administrativo estableció Pedro un Consejo como los de España (en lo que siguió las opiniones de Leibniz). Cada Consejo estaba generalmente dirigido por extranjeros; además, dividió al imperio en gobiernos y éstos en provincias.— En la Iglesia reemplazó el gobierno del *metropolitano* por el de un *sínodo*, en el que el Tzar tenía un procurador. En el ejército todas sus reformas tendieron á igualarlo á los europeos; los suecos le ayudaron mucho en esto.— Símbolo material de esta grande obra de reforma, que iba desde la instrucción á la industria; desde el periodismo establecido por él, hasta la ciudad erigida á su vista, fué la nueva capital de la Rusia europea, situada, cosa singular, en la frontera marítima del imperio, entre los bosques y pantanos que dan salida al Neva, inmenso caño por donde el complicado sistema de los lagos filandeses se comunica con el Báltico. Ahí se hicieron prodigios, y ya se sabe lo que es hoy esta gran población, que tiene algunos de los edificios y paseos más hermosos del mundo.

4. *Los herederos de Pedro el Grande.*—Después de perder, en desgracísima campaña contra los turcos, la posición que se había conquistado en el Mar Negro, tomó el Tzar su desquite en el Báltico, en donde arrebató á los suecos Finlandia y sus posesiones germánicas; los alemanes creyeron que iban á caer bajo el yugo moscovita. Hizo en seguida Pedro un viaje á París: la

corte del Regente acogió á aquel gigante sin modales, pero lleno de energía y de nobleza natural, con gran sorpresa y simpatía, y aplaudió, azorada, cuando el enorme emperador, atropellando la etiqueta, cogió al pequeño Luis XV y lo levantó en sus brazos. En los últimos años toda la preocupación de Pedro consistió en el destino de sus reformas; cuando descubrió una inmensa conjuración del clero y la nobleza contra ellas, acaudillada por su hijo, fué implacable; las ejecuciones y la tortura rompieron los huesos del partido retrógrado; el bárbaro emperador mató probablemente por su propia mano á latigazos á su infeliz hijo. Aquel hombre de lucha y sangre, enorme cuerpo en que combatían, como en Rusia, la pasión del salvaje y la reflexión del hombre civilizado, murió en 1725.—El partido de la reforma sostuvo á la vulgar soldadera alemana que Pedro había sacado del fango, para hacerla su segunda esposa y que se llamó Catarina I. Su gobierno fué la continuación del de su esposo; todo lo que había quedado en proyecto se fué realizando; academias científicas, publicaciones, exploraciones marítimas, todo progresó bajo los auspicios de la emperatriz, á pesar de que la dominaba el vicio de la embriaguez, y de su valido Menchikof. Un nieto de Pedro heredó el imperio con el nombre de Pedro II; murió pronto y entonces quedaron como pretendientes dos hijas del gran Tzar, Isabel y Ana, duquesa de Holstein, que tenía un hijo, Pedro de Holstein, y dos hijas del hermano imbécil de Pedro el Grande: Ana, duquesa de Curlandia y Catarina de Mecklenburg. El *Alto Consejo secreto* redactó una especie de constitución que daba el gobierno á las dos grandes familias aristocráticas de los Dolgoruki y los Galytsine y sometía al emperador á su tutela; con esta condición otorgó el trono á Ana de Curlandia, que se apresuró á faltar á su juramento, cediendo á la voz del reino que pedía el restablecimiento de la autocracia. Por medio de Ana gobernó y oprimió el alemán Biren; sin embargo, mantuvo las reformas y sólo suprimió una de ellas, muy odiosa para los nobles rusos, el mayorazgo.—Por el año de 1733 se abrió de nuevo la cuestión de Oriente de entonces: la sucesión al trono polaco. Francia sostenía al exrey Estanislao; Rusia y Austria al sajón Augusto III: el candidato francés tuvo que huir. A consecuencia de esto se encendió la guerra del Rhin, y el ejército ruso por primera vez llegó á la frontera de Francia; la paz de Viena, que daba á Leczinski la Lorena, y una parte de Italia á Carlos (el futuro Carlos III de España), hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, impidió el choque. Después del reinado efímero de Ivan VI., y gracias á una revolución dirigida por el embajador francés, aliado á los elementos conservadores y antialemanes, subió al trono Isabel, la hija de Pedro, que designó por su sucesor á Pedro de Holstein, á quien casó con una princesa

alemana de tercer orden, Catarina de Anhalt, que debía ser la gran Catarina.—Isabel presidió una completa reacción contra los alemanes; pero su amistad por Francia no le impidió arrebatarse territorios bálticos á los suecos y tomar parte en la guerra de sucesión de Austria contra Federico II. Al fin de su reinado Isabel se alió á Francia y Austria contra los reyes de Prusia é Inglaterra, durante *La Guerra de siete años*. Sus generales infligieron una espantosa derrota á Federico y se apoderaron de Berlín. Afortunadamente para los prusianos murió Isabel después de haber continuado la obra de su padre, promoviendo mejoras materiales, creando poblaciones nuevas, reformando la legislación y haciendo un papel de primera importancia en los negocios europeos (v. sobre este período capital de la historia rusa á *Rimbaud*, historia de Rusia, y á *Brückner*, Pedro el Grande).

PRUSIA Y AUSTRIA.

1. Creación definitiva de la Prusia militar; el príncipe Federico.—2. Federico II y María Teresa; la guerra de sucesión.—3. Transformación de las alianzas; la Guerra de Siete Años.—4. Federico el Grande; Polonia y Catarina II.

1. *Creación definitiva de la Prusia militar: el príncipe Federico.*—El primer rey de Prusia fué un vano y ostentoso imitador de Luis XIV, que dejó su tesoro arruinado á fuerza de fiestas pomposas y de bordados de oro. Su hijo, Federico Guillermo, fué el reverso de la medalla; económico hasta la avaricia, suprimió todo lo superfluo y, en su concepto, superfluo era cuanto se refería á instrucción superior, á cultura: viento, modas francesas, así llamaba á todo esto; como buen Hohenzollern detestaba cuanto era francés. Tres pasiones tenía este avaro y duro rey—sargento, como le llamaba el rey de Inglaterra: el ejército, la teología y la cerveza. El ejército subió á 80,000 hombres perfectamente escogidos y disciplinados; por eso era avaro, para sostener esta fuerza desproporcionada á los recursos de aquella Prusia diseminada en el Norte de Alemania; todo tenía que subordinarse á este gasto enorme, y todo, desde entonces, tiene en aquella monarquía un sólo centro de atracción, el ejército. Su pasión teológica era tan fuerte como su pasión militar; bastante mal cristiano, pero enemigo mortal de la *predestinación* enseñada por Calvino; su teología, como la de tantos polemistas religiosos de nuestros días, era un odio. Casi todos los días se reunía con sus empleados principales y se dedicaba á fumar, comer carne de cerdo y beber hasta la embriaguez. Su hijo Federico, delicado y nervioso por temperamento, pronto adquirió gran amor por todo lo que su padre detestaba: la literatura y la filosofía francesas, las modas, la música. A fuerza